

## ARTÍCULO

# Joaquín Paredes y su gestión como bibliotecario de la Biblioteca Nacional (1825-1836)

## Joaquín Paredes and his management as librarian of the Biblioteca Nacional (1825-1836)

**Henry Eduardo Barrera Camarena**

<https://orcid.org/0000-0002-6242-7179>

[henrybarrera20@gmail.com](mailto:henrybarrera20@gmail.com)

Biblioteca Nacional del Perú

---

### RESUMEN

A través de esta investigación se llena un vacío historiográfico acerca del devenir de la Biblioteca Nacional en el siglo XIX, el cual es conocer la gestión bibliotecaria del presbítero Joaquín Paredes (1825-1836). Por medio de fuentes documentales se estudia su preocupación en la toma de acciones que mejorasen la conservación de los libros que componían su acervo, pese a la inexperiencia que tenía hasta entonces en un puesto similar. Revisaremos cómo a pesar de su empeño denodado por sacar adelante la Biblioteca Nacional, la última parte de su periodo se empañó por el escándalo del presunto robo de un texto y la no ejecución del inventario.

**Palabras clave:** Biblioteca Nacional del Perú; conservación de libros; Joaquín Paredes; libros; siglo XIX peruano.

### ABSTRACT

Through this research, we seek to fill a historiographical void about the evolution of the National Library in the 19th century, which is to know about the management of the priest Joaquin Paredes as head of the main cultural institution of the nascent republican Peru, until the moment that is removed from office. Through documentary sources, it is possible to study and analyze his concern to take actions for the better conservation of books, despite his inexperience in a similar position. Despite his tireless efforts to move the National Library forward, the last part of his period as librarian was marred by the scandal of the alleged theft of a text and the non-execution of the inventory.

**Keywords:** Biblioteca Nacional del Perú; book conservation; Joaquín Paredes; books; Peruvian 19th century.

## 1. Introducción

Ha pasado un poco más de un año desde que la Biblioteca Nacional del Perú cumplió su bicentenario (28 de agosto de 1821-28 de agosto del 2021). No obstante, en la actualidad es muy poco lo que se conoce sobre su devenir en el siglo XIX, previo a la guerra con Chile. En ese sentido, llama la atención la ausencia de investigaciones en torno a la mayoría de los bibliotecarios que tuvo la Biblioteca Nacional en ese periodo. Salvo los casos de Mariano José Arce (1822-1824), Manuel de Odriozola (1875-1883) y Ricardo Palma (1883-1912), no se han realizado estudios hasta el momento acerca de las gestiones del resto de bibliotecarios, lo cual representa el exiguo interés por el tema.

Del vacío de estudios sobre el periodo entre la gestión de Arce y Odriozola, solo se conocen las donaciones que hicieron algunos individuos de su biblioteca particular, así como las impresiones de los viajeros que visitaron la institución durante su estadía en Lima y el tema del inventario de los libros.

Desde mediados del siglo XVIII circulaba en Lima la idea de que se estableciera una biblioteca pública. Por ejemplo, José Rossi y Rubí, uno de los principales ilustrados que formó parte del *Mercurio Peruano*, cuestionó que todavía la capital del virreinato carecía de una institución así. Un mes después que el general José de San Martín proclamó la independencia el 28 de julio de 1821, estableció una Biblioteca Nacional en Lima. Su accionar no es de extrañar. El general argentino, pese a su formación militar, tenía apego a las letras, coleccionó libros, a la par que ejecutaba su proyecto emancipador. Junto a él, destacados militares y académicos que se unieron al objetivo de liberar el Perú, también sentían atracción por la lectura.

La Biblioteca Nacional sanmartiniana se diferenció de la biblioteca pública de fines del periodo colonial, ya que, por un lado, representaba aquello que identificaba al nuevo régimen, el fomento a la ilustración, y por otro, daba paso a la generación de ciudadanos con carácter nacional (Guibovich, 2021). Según el propio San Martín «el gobierno español de que la ignorancia es la columna más firme del despotismo, puso las más fuertes trabas a la ilustración del americano» («Decreto», 29 de agosto de 1821, p. 2). Al margen de su combate discursivo contra todo lo vinculado con España, no se puede negar que en las últimas décadas del virreinato se observó un avance en el conocimiento y promoción de la ciencia, sobre el cual San Martín demostró su preocupación. Tuvo en mente que la Biblioteca Nacional tenga un rol educador, y ello lo sabía muy bien Joaquín Paredes, quien además de ser testigo del acto de su inauguración, se encargó de regirla.

De la gestión de Paredes solo se sabe el papel político que jugó en la independencia de Guayaquil (Ecuador) como en la del Perú, además de su ascenso de segundo bibliotecario a bibliotecario principal en la Biblioteca Nacional. Por ese motivo, a través del empleo de fuentes primarias esbozaremos la historia de los sucesos que ocurrieron desde el momento que asumió la responsabilidad de dirigir la Biblioteca Nacional, hasta el instante que fue destituido. En los años al frente de la institución, se concentró en las tareas de obtener estanterías para libros, combatir el deterioro de los xilófagos, conseguir textos, ya sea por canje, compra u obsequio, y sostener a su personal a cargo.

## 2. Joaquín Paredes y la Biblioteca Nacional

El presbítero Joaquín Paredes, natural de Quito, nació en 1769. Desde su autoridad religiosa se involucró en el acontecer político de su ciudad. Precisamente, Paredes participó activamente en la revolución de 1810, cuyo objetivo era liberar a los reclusos en cuarteles por pronunciarse

contra la dominación española. Cuando la revolución fue reprimida, Paredes se asiló en Lima (Mariátegui, 1869, p. 31), donde mostró su apoyo a la causa independentista del general José de San Martín, reflejo de ello fue su firma en la primera acta de la independencia del Perú del 15 de julio de 1821 («Decretos», 10 de agosto de 1821, p. 23).

El 8 de octubre de ese mismo año, San Martín agradeció a los que apoyaron la gesta emancipadora al disponer que «son ciudadanos del Perú los que hayan nacido o nacieran en cualquiera de los estados de América que hayan jurado la independencia de España» («Decretos», 12 de enero de 1822, p. 3). De esa manera, Paredes obtuvo la nacionalidad peruana. Dos meses después, en diciembre, fue asociado a la Orden del Sol. Luego, el 10 de enero de 1822 fue nombrado miembro fundador de la Sociedad Patriótica.

La postura política de Paredes se apreció también en su adhesión y apoyo a la causa de la libertad en Colombia, en donde el libertador Simón Bolívar no dudó en recomendarlo para que ocupe el puesto de Dean en la catedral de Quito, el 10 de noviembre de 1823 (O'Leary, 1883, p. 559). Bolívar conoció a Paredes en Lima, a quien llamó «el Pichincha de la Revolución Peruana» (Vicuña Mackenna, 1860, p. 78), por su activa participación al lado del bando patriota. Al igual que en el proceso de San Martín, en la de Bolívar, Paredes actuó a favor de la independencia. Sus servicios prestados a favor del país le valieron su nombramiento como «peruano de nacimiento, con opción a todos los empleos de la república, si reunieren los requisitos constitucionales» («Decretos», 3 de marzo de 1825, p. 1), con el decreto que emitió el Congreso el 15 de febrero de 1825.

Cuando San Martín declaró el establecimiento de la Biblioteca Nacional, el 28 de agosto de 1821, no se indicó quién o quiénes la dirigirían. Mediante el decreto del 8 de febrero de 1822, dado por el marqués de Torre Tagle, se estipuló que habría dos bibliotecarios, el principal, Mariano José Arce, y el segundo, el presbítero Joaquín Paredes («Decretos», 9 de febrero de 1822b, p. 2), quienes contaron con el apoyo de dos oficiales de biblioteca, dos conservadores y dos amanuenses. El 31 de agosto del mismo año se decretó como oficiales a Manuel de Esteban y Pelegrín, y Tomás Ortiz de Cevallos; los conservadores, José Valerio Gasols y Miguel Matute; los amanuenses, José Dávila Condemarín y Bernardo Arriaga; más el portero Lorenzo Cote («Decretos», 31 de agosto de 1822, p. 1)<sup>1</sup>. Casi todos los señalados vivían en la Biblioteca Nacional, fue una prerrogativa que se les concedió<sup>2</sup>. El inicio de actividades de la principal entidad cultural del naciente país comenzó en setiembre de 1822. Para la inauguración se contó con alrededor de 11256 volúmenes, de los cuales 600 fueron obsequiados por el general San Martín (Padró y Tamayo Herrera, 1992, p. 344). El viajero francés Gabriel Lafond, que estuvo en Lima en el segundo semestre de 1822, dio una versión distinta, al aseverar que la Biblioteca poseía «ocho mil volúmenes» (Lafond, 1844, p. 309).

En 1824, Arce emigró a Chile por cuestiones políticas. Ante su partida, Paredes asumió como primer bibliotecario (Núñez, 1971, p. 54). Tal suceso ocurrió el 13 de abril de 1825, cuando el Consejo de Gobierno dispuso que Paredes quede como único bibliotecario de la Biblioteca Nacional, acompañado de un conservador que cuide del aseo de los libros, esta persona sería propuesta por el mismo presbítero. Con esta disposición, Paredes no solo quedaba al frente de la institución; los dos cargos, el de primer y segundo bibliotecario se unificaron en uno. Por otro lado, el personal quedó reducido sólo a dos. Ante ese escenario Paredes no tardó en informar

1 En esa misma fecha se decretó el reglamento que regiría la Biblioteca Nacional.

2 El 23 de mayo de 1823, los bibliotecarios Arce y Paredes recibieron un oficio del gobierno que autorizaba a que la familia del amanuense Arriaga ocupe «las viviendas que pertenecían a éste» (Archivo General de la Nación (en adelante AGN). Ministerio de Hacienda. OL 70-63, caja 13, 1823). Para entonces Arriaga ya no ocupaba ese cargo, en su lugar se nombró a Manuel Bordanave; aun así, se tomó tal medida.

al gobierno de las dificultades que esta medida significaba. El 16 de abril de ese mismo año solicitó el aumento de personal. El Consejo de Gobierno, en aras de corregir su error, resolvió que además se cuenten con un amanuense y un peón<sup>3</sup>. En esa misma línea, el 9 de mayo se estableció que no debía de haber más que un oficial con el título de conservador, el cual terminó recayendo en el citado Matute.

La rebaja de personal de la biblioteca se reflejó en el desenvolvimiento de las actividades que cotidianamente se realizaban. Es más, los poquísimos empleados se desempeñaban en tareas distintas para el que fueron contratados. Esta fue otra dificultad que Paredes tuvo que sobrellevar durante su gestión. El 24 de octubre de 1827, el bibliotecario consultó si era posible nombrar a Lorenzo Pereyra como meritorio, aunque en realidad solo era formalizar lo que en la práctica se daba. El tal Pereyra llevaba meses acudiendo a la Biblioteca para desempeñar ese oficio sin pago alguno<sup>4</sup>.

La institución a la que estuvo al frente Paredes era nueva solo de nombre, pero todo lo demás era antiguo, basta mencionar los libros, estantes, muebles y la misma sede, cuya estructura era colonial<sup>5</sup>. En ese sentido, el director de la caja de amortización, Lino de la Barrera, por orden del ministro de Hacienda, transfirió el 25 de mayo el dinero necesario para las reparaciones que «demandaba el estado en que se hallaba la Biblioteca Nacional»<sup>6</sup>.

El 12 de junio salió publicada en la *Gaceta de Gobierno* una nota referida al saqueo de libros que padeció la Biblioteca Nacional por parte del ejército español, ello en el contexto de la derrota de los realistas y su salida de Lima luego de la batalla de Ayacucho (8 diciembre 1824). En la misma nota se comunicaba que la Biblioteca, pese a este latrocinio, ya se encontraba lista para continuar con la atención al público, ávido de lecturas y de obtener conocimiento en diferentes materias («Nota», 12 de junio de 1825, p. 4)<sup>7</sup>. La rápida recuperación de la institución se logró gracias al apoyo del gobierno; la biblioteca no solo era un espacio que albergaba libros, también fue vista como un medio de difusión educativa. Dos días después, el 14, Paredes intercedió para que Matute continúe en la plaza de oficial conservador, empleo que desempeñaba desde el momento de fundación de la Biblioteca Nacional, encargándose del «arreglo y conducción de libros»<sup>8</sup>.

### 3. Inquilinos y enseñanza

Hasta el momento cuando Paredes ocupaba el cargo de segundo bibliotecario, vivía en una habitación particular fuera de la Biblioteca Nacional, ello por una decisión personal, ya que se le tenía asignado una habitación en la planta alta. Pero desde el momento que asumió la plaza de primer bibliotecario fue obligado a vivir en la institución.

3 El 13 de mayo de 1825, el bibliotecario dirigió un oficio al ministro Tomás de Heres sobre la presencia de oficiales inválidos que también se ocupaban de la portería y el aseo de la Biblioteca. Debido a los cargos menores que ejercían estos oficiales, recurrentemente sus pagos se atrasaban. De parte de la misma Biblioteca recibían raciones diarias de «pan, carne y arroz» (AGN. Ministerio de Justicia, Culto, Beneficencia e Instrucción (en adelante MJB). Legajo 69, documento 22, 1825) para su alimentación (Centro de Estudios Histórico Militares (en adelante CEHM). Carpeta 3, legajo 16, 1825).

4 AGN. MJB. Legajo 69, documento 9, 1827.

5 En el caso puntual de los libros, una buena parte de estos se hallaban amontonados y sin ningún orden (Lesson, 1838, p. 146). El texto del viajero francés René Primevère Lesson fue publicado en 1838, pero sus apuntes provienen de su paso por Lima en 1823.

6 AGN. Ministerio de Hacienda. OL 127-1, caja 33, 1825. Esta medida se dio pese a que antes del día de inauguración de la Biblioteca Nacional, se costearon una serie de reparaciones, pintado y compra de enseres para el primer salón (Tauro, 1951, p. 16).

7 Una cantidad de los libros saqueados fueron a parar al Cusco. El 9 de setiembre se dio cuenta a Paredes de la existencia de cajones con libros que pertenecían a la Biblioteca Nacional.

8 AGN. MJB. Legajo 69, documento 19, 1825. En la solicitud, el conservador Matute anexó el nombramiento que recibió por parte del marqués Torre Tagle el 21 de marzo de 1822.

Casi con el mismo acto de fundación de la Biblioteca Nacional, sus primeros funcionarios pasaron a ocupar varias habitaciones existentes en el interior, en especial en el segundo piso. Cuando Paredes asumió el nombramiento de bibliotecario, empezó a vivir en el cuarto que antes ocupaba el anterior conservador Gasols<sup>9</sup>. Por otro lado, vivían en la Biblioteca familiares de varios empleados e incluso después que estos dejaran de laborar en la institución. Por ese motivo, el 13 de abril de 1825, Paredes recibió la orden «para consultar el mejor orden, hará vuestro salir dentro de tercero día las mujeres y muchachos que se hayan habitando la Biblioteca, y que por un abuso han sido toleradas en ella»<sup>10</sup>.

Por otra parte, en la gestión de Paredes se destinaron algunos ambientes para que se inculquen ciertas materias. Con esta medida se reafirmaba que la Biblioteca Nacional tenía que ser a su vez un espacio de difusión y promotor de enseñanza. El 22 de setiembre de 1825 se decretó que en unas salas se enseñen Lengua castellana y Gramática latina, bajo la dirección de José Ignacio Moreno. Una semana después, el gobierno dispuso que se destine al profesor José Francisco Araujo un aula para que enseñe los idiomas de inglés y francés. Las clases se dictaron los lunes, miércoles y sábado, en el horario de siete a ocho de la noche («Aviso oficial», 29 de setiembre de 1825, p. 4). Luego, el 3 de junio de 1828, se notificó al presbítero que en uno de los salones de dibujo se estableciera la escuela náutica, bajo la dirección de Eduardo Carrasco<sup>11</sup>. El 20 de octubre de 1834 se determinó que el Museo Nacional ocupe los salones bajos de la Biblioteca, uno de estos albergaba alrededor de 7599 volúmenes, los cuales tuvieron que trasladarse al salón de al lado. La medida no fue del agrado de Paredes, pasaron varios meses y no acataba la orden<sup>12</sup>. Y, a principios de 1836, se empezó a enseñar en un espacio de la Biblioteca las materias de aritmética, caligrafía y taquigrafía. Para ello, el establecimiento estaba abierto diariamente desde las diez de la mañana hasta las doce del mediodía, y desde las cuatro hasta las seis de la tarde («Al Público», 1836, p. 15). Las personas inscritas en estas materias tenían la facilidad de reforzar la información que se les impartía con los libros que custodiaba la Biblioteca Nacional. La premisa primigenia de que sea un centro de irradiación de conocimiento se cumplía de cierta manera.

#### 4. Solicitud de estantes

Una de las primeras necesidades que afrontó Paredes fue la carencia de estantes para los libros. El 14 de abril de 1826, informó al ministro de Gobierno la urgencia de «uniformar las materias de los estantes de la Biblioteca»<sup>13</sup>. Muchos textos se encontraban «en el suelo expuestos apolillarse y sin el orden que se requiere para entregarlos con prontitud a los que solicitan leerlos»<sup>14</sup>. La solución era sencilla, conseguir estantes. Paredes averiguó que en el convento de Santo Domingo había estantes sin uso, los mismos que en su momento fueron usados por el antiguo Tribunal de la Santa Inquisición. De similar situación, en la Dirección General de Censos, varios estantes y armarios estaban sin ser utilizados. En este caso, tenía proyectado que los estantes se destinen a la colocación de libros, y los armarios para guardar los papeles propios de la Biblioteca<sup>15</sup>. Sin

9 AGN. MJB. Legajo 69, documento 20, 1825.

10 Pese a esta disposición, en ocasiones se realizaban excepciones y se permitían que algunas mujeres sigan viviendo en habitaciones dentro de la Biblioteca. AGN. MJB. Legajo 69, documento 16, 1826.

11 Posteriormente, el 2 de mayo del año siguiente se otorgó a favor de Luis Rodríguez un salón que solicitó para que pueda enseñar aritmética mercantil. En tanto, en 1831 se dispuso que otro de los salones de dibujo sea entregado a José Leandro Cortes para que enseñe allí dicha materia.

12 Cabe precisar que los salones bajos no estaban acondicionados para albergar al Museo Nacional; por ese motivo, en 1835 se decidió que ocupe parte del hospital del Espíritu Santo.

13 AGN. MJB. Legajo 69, documento 12, 1826.

14 Según el viajero marino inglés Henry Lister Maw, la Biblioteca: «contiene muchos libros antiguos, en su mayoría clásicos y eclesiásticos y se dice que el gobierno español no aprobaba las obras de Historia Moderna y Economía Política, de las cuales hay muy pocas» (Lister Maw, 1973, p. 140).

15 AGN. MJB. Legajo 69, documento 12, 1826.



demora alguna, el 22 de abril recibió de parte de la Dirección General de Censos, siete estantes de cedro con puertas, aunque estaban maltratadas.

Pese a los estantes que se recibieron, aún era necesario obtener más. El 15 de febrero de 1827, Paredes informó al gobierno de que «los libros sobrantes del salón de biblioteca estaban depositados en el suelo de los cuartos altos por falta de estantes, y de los males que de ello provenía»<sup>16</sup>. El bibliotecario solicitó que el Ministerio de Hacienda remita los estantes que estaban sin ser utilizados en el patio de la Casa de Consolidación. Algunos meses pasaron sin que su requerimiento sea escuchado, por esa razón el 5 de julio reiteró su pedido, esta vez al ministro del Interior, Francisco Javier Mariátegui. Al día siguiente, Lino de la Barrera, representante de la casa de Consolidación, respondió al bibliotecario por medio de un oficio, en el cual reprodujo un documento que derivó en su momento el 23 de febrero del mismo año. En él, sostuvo que los estantes existentes en dicha casa pertenecían a los archivos de Temporalidades, Censos, Inquisición y Escorial, y que iban a ser utilizados para formar un archivo con lo «más necesario de orden vuestra excelencia por la secretaría de Hacienda». Pese a ello, De la Barrera se mostró a favor de que los estantes en cuestión sean llevados a la Biblioteca Nacional si la necesidad así lo ameritaba, todo estaba en manos del gobierno que dictamine lo más provechoso. El ministro Mariátegui, informado del asunto, determinó que los estantes sean entregados al bibliotecario, notificándose al ministro de Hacienda de la medida tomada.

Otros sucesos que enfrentó Paredes fue la presencia de polillas y humedad. Pese a que el 14 de junio de 1825, Miguel Matute solicitó seguir estando en la plaza de conservador, el 7 de noviembre renunció. Paredes era consciente de la importancia de contar con un oficial para la preservación de los libros y para combatir su deterioro; es así que, sin esperar demasiado tiempo, el 10 del mismo mes sugirió al gobierno que esa vacante sea ocupada por Juan Coello. De inmediato, ese mismo día, Coello fue designado como el nuevo oficial conservador de la biblioteca<sup>17</sup>. A pesar de que la Biblioteca Nacional tenía apenas unos años de fundada, los problemas internos como la humedad<sup>18</sup> y el apolillamiento, no se hicieron esperar. Debido a que se carecía de las técnicas y procedimientos sofisticados para la conservación de los materiales bibliográficos, muchos de estos se empezaron a deteriorar<sup>19</sup>. Así lo notó Paredes e informó al Consejo de Gobierno en los primeros días de agosto. Observó que en uno de los salones «los libros se estaban devorando con la humedad y polilla»<sup>20</sup>; por ese motivo, los trasladó a una habitación de la planta alta. Esta respuesta solo fue paliativa, pero no atacaba el asunto de fondo. En realidad, durante todo su periodo al frente de la Biblioteca Nacional sobrellevó estos males que sus predecesores también tuvieron que afrontar. Las soluciones que se daban eran para el momento y no se priorizaba ninguna medida a largo plazo.

Pese a que se recibieron estantes en buen estado, en la misma Biblioteca existían estantes antiguos, en pésimas condiciones y con polillas, «devoraba los libros a pesar de estarse continuamente escubillando y limpiando»<sup>21</sup>. Los xilófagos ya se habían asentado en el interior

16 AGN. MJB. Legajo 69, documento 8, 1827; AGN. MJB. Legajo 69, documento 10, 1827.

17 AGN. MJB. Legajo 69, documento 21, 1825. De esa manera, ingresó a trabajar a la Biblioteca quien en 1839 sería elegido bibliotecario. Coello se dedicó a la enseñanza de las Matemáticas en el colegio de la Independencia en 1827, tal era su forma de impartir y el método que empleaba en sus clases que los propios padres de familia reconocían ese mérito. En ese sentido, desde el primero de noviembre de ese año de 1827, se le asignó un aula en una sala de la Biblioteca Nacional para impartir esa materia, sus clases fueron de 8am a 2pm y de 6pm a 8pm. («Del estudio», 29 de octubre de 1827, p. 15). El curso lo dictó por varios años.

18 En la parte alta se sentía la humedad, lo cual era un grave peligro para la conservación de los libros (AGN. MJB. Legajo 69, documento 38, 1828). En ocasiones se desplomaron partes del sector superior. El bibliotecario notificaba constantemente al gobierno para que tome cartas en el asunto y disponga los medios necesarios para mejorar la situación (AGN. MJB. Legajo 69, documento 31, 1830).

19 En 1823 se propuso mandar a Inglaterra los documentos públicos más importantes que poseía la Biblioteca Nacional para su mejor conservación (Archivo Ministerio de Relaciones Exteriores. Caja 4, carpeta 2, 1823). Sin embargo, el planteamiento no prosperó.

20 AGN. Ministerio de Hacienda. OL 135-64, caja 39, 1825.

21 AGN. MJB. Legajo 69, documento 33, 1830.

del mobiliario; en ese sentido, poco era lo que se podía hacer. Y si a ello se le sumaba que dichos estantes estaban colocados sobre paredes húmedas, era comprensible que este hecho continúe. Incluso se creyó que empleándose «oro pimientado mezclado con agua de cola»<sup>22</sup> se les exterminaría; pero no fue así, por el contrario, empeoró la situación. Paredes no dudó en invertir de su propio peculio para combatir este escenario, el cual, al ser insuficiente, el 8 de enero de 1830, solicitó al gobierno que destine una partida para este asunto en particular. En los días siguientes, un perito en el tema, Jacinto Ortiz, pasó a la Biblioteca Nacional para reconocer el estado de los estantes. De esa manera, en el informe que presentó el 15 del mismo mes, señaló lo siguiente:

He reconocido la estantería de la Biblioteca, la que hallé en estado de reparo, por haber sido formada en lo interior de maderas viejas, y para remediar este daño, es menester construir de nuevo sesenta y cuatro estantes que contiene dicha Biblioteca ... siendo de cedro; de este modo quedarían los libros libres de las picaduras; de lo contrario me parece no podrán durar seis años.<sup>23</sup>

## 5. Adquisición de libros

El 11 de julio de 1826, Paredes recibió la orden de vender las obras duplicadas, la idea era obtener fondos para comprar textos inexistentes en la Biblioteca Nacional. No obstante, la medida se modificó rápidamente al día siguiente, al indicarse que mejor sería el canje o intercambio de los libros duplicados por otros que sean de interés<sup>24</sup>.

El 13 de octubre, el presidente del Consejo de Gobierno visitó las instalaciones de la Biblioteca Nacional. La ocasión fue aprovechada por Paredes para comunicar la necesidad de volver a poner en vigencia los decretos del 23 de julio y 2 de agosto de 1825, en los cuales se indicaba que «los introductores de libros dieran según el número de cajones y volúmenes de sus obras, uno o dos ejemplares de los que eligiere el bibliotecario»<sup>25</sup>. Estos decretos se eliminaron el 3 de diciembre de ese mismo año, bajo la consigna que no era necesario obligar «dejando a la generosidad de los introductores de libros la donación»<sup>26</sup>, lo cual en la práctica no sucedió. Pasaron meses y la Biblioteca no recibía ejemplar alguno. En esa línea, el presbítero planteó la alternativa de «fijar un cierto derecho a cierta cantidad de libros introducidos por motivo de comercio. Que sea pagado en libros según los avalúos de aduana o en dinero»<sup>27</sup>. El objetivo era que la Biblioteca Nacional no quede excluida de los libros que llegaban al país, el que de conseguirse permitiría aumentar el caudal bibliográfico y estar actualizado de las últimas publicaciones en distintas materias.

La propuesta del bibliotecario recién se consideró el 16 de junio 1830, al declararse que «todos los libros que se introduzcan de la fecha en adelante satisfarán un tres por ciento sobre el respectivo avalúo, aplicándose la cantidad a que ascienda a la provisión de obras»<sup>28</sup>. El dinero recaudado se destinó a las reparaciones del recinto, como a la compra de textos europeos que sean publicados.

En relación a la obtención de libros en pro de la Biblioteca Nacional, el 17 de abril de 1826, Paredes recibió la orden de «que se suspendiesen las compras de libros para esta biblioteca»<sup>29</sup>.

22 AGN. MJB. Legajo 69, documento 33, 1830.

23 AGN. MJB. Legajo 69, documento 33, 1830.

24 AGN. Ministerio de Hacienda. OL 157-18, caja 63, 1826. Entre los personajes con los que Paredes intercambió libros estaban Francisco Javier Mariátegui, José Ignacio Molina, Felipe Llerías, Pedro Alfonso Semino, José Navarrete, Santiago Campos, Melchor Ribeyro, Melchor Cereceda y José Manuel Valdez (AGN. Ministerio de Hacienda. OL 157-20, caja 63, 1826).

25 AGN. MJB. Legajo 69, documento 18, 1826.

26 AGN. MJB. Legajo 69, documento 18, 1826.

27 AGN. MJB. Legajo 69, documento 18, 1826.

28 AGN. MJB. Legajo 69, documento 1, 1831.

29 AGN. MJB. Legajo 69, documento 18, 1826.

Pese a las importantes donaciones que recibió la institución luego de ser fundada, muchos textos que resguardaba estaban «truncas y en inglés, lengua como sabe vuestra señoría que no es familiar a los hijos del país»<sup>30</sup>, lo que dificultaba que la mayoría de usuarios accedan a la información. Esta situación no amilanó al bibliotecario; por el contrario, asumió como objetivo adquirir publicaciones tanto nacionales como extranjeras<sup>31</sup>. Justamente, en torno a la presencia de obras europeas, predominaban las publicadas en París, razón por la que Flora Tristán, al visitar la Biblioteca Nacional en 1834, indicó que «en total había como doce mil volúmenes que estaban en francés. Sentí gran satisfacción al encontrar a nuestros buenos autores en esta biblioteca» (Tristán, 2003, p. 487). El mérito de Paredes quedó así indirectamente constatado.

En estos primeros años de vida independiente, las imprentas limeñas cumplían con el decreto del 8 de febrero de 1822, el cual obligaba a «los impresores de esta capital pasaran dos colecciones de todos los papeles públicos y demás impresos que hayan dado a luz desde el día en que se proclamó la Independencia, y en lo sucesivo quedan obligados a mandar igualmente a la Biblioteca dos copias de cuanto imprimieran»<sup>32</sup>. Aunque no eran tanto los materiales que se recibía, con el pasar de los años se fueron amontonando en un cuarto sin el orden debido y sin las medidas oportunas para su conservación. Ese fue el caso de los periódicos; por ese motivo, el 31 de enero de 1828, Paredes informó de la premura por encuadernar «los diversos periódicos que han salido a la luz desde nuestra independencia, porque hallándose sueltos, no puede el público usar bien de ellos, ni hay donde acomodarlos con orden»<sup>33</sup>.

Por otro lado, en Lima, prácticamente todos los conventos poseían una valiosa biblioteca, producto de los años, y porque no decir, de los siglos. En su mayoría eran textos teológicos, religiosos y de misticismo, sin que falten las obras raras. Una de las bibliotecas religiosas más importantes llegó a ser la del convento de la Buenamuerte. Sin embargo, una medida del gobierno atentó contra la colección bibliográfica que ésta albergaba. El primero de agosto de 1829 se dispuso la desaparición del convento, lo que significaba que su biblioteca quedaría sin uso<sup>34</sup>. Paredes conocía el valor de esta biblioteca; por esa razón, el 5 de octubre de ese mismo año solicitó al ministro de Relaciones Exteriores que «siendo esta, según estoy informado, la mejor y más abundante de libros exquisitos y raros, de que carece por otra parte esta Biblioteca Nacional, y el pueblo de esta capital»<sup>35</sup>, que se asimile este importante acervo, con sus respectivos estantes, a la institución que dirigía. Para ello, se necesitaba elaborar un inventario de lo existente. El 18 de enero de 1830, Paredes sugirió que la prefectura se encargue de la formación de tal inventario, y de esa forma considerar aquellos que sean de interés<sup>36</sup>.

La respuesta del gobierno tardó algunos años, la demora se debió a que, paralelamente, los padres del convento elevaron un pedido para el restablecimiento de esta entidad religiosa. Finalmente, el 26 de octubre de 1833, se estipuló que el convento sea restablecido (Grandi, 1985, p. 132); de esta manera, se desmanteló la iniciativa del presbítero de absorber esa notable colección. Este acontecimiento nos permite acotar que, en estos años, el aumento de las colección

30 AGN. MJB. Legajo 69, documento 1, 1831.

31 En una ocasión, Paredes informó al gobierno de la compra de la obra de Francis Bacon, compilada en 15 tomos, bajo el precio de 25 pesos (AGN. MJB. Legajo 69, documento 50, 1828). El Ministerio de Hacienda devolvió a Paredes el dinero invertido en la adquisición de la colección.

32 AGN. MJB. Legajo 69, documento 50, 1828.

33 AGN. MJB. Legajo 69, documento 50, 1828. En ese mismo año el presbítero se dirigió al Ministerio de Hacienda para que le remita los documentos antiguos que poseía, al igual que los libros de la Santa Inquisición que tenía en su poder.

34 Antes, en 1826, se dio un decreto de reforma de religiosos regulares, lo que significaba la supresión de varios conventos en Lima, cuyos bienes, haberes y deudas pasaban a control del Estado. En el caso específico de la Buenamuerte, fue supreso por represalia, ya que rechazaba las medidas gubernamentales respecto al destino o afectación dados a su patrimonio (Ortegal y Luna, 2009, 256).

35 AGN. MJB. Legajo 69, documento 49, 1828.

36 Por otro lado, al día siguiente, Lino de la Barrera comunicó al bibliotecario la disponibilidad para comprar libros que pertenecían al convento de San Agustín.



de la Biblioteca Nacional dependía de las medidas gubernativas y que los impresores cumplan con las leyes de donación de ejemplares. Durante el lapso de la gestión de Paredes, no se produjo donación de alguna biblioteca particular o compra de la misma.

## 6. El Colegio Militar y sus alumnos

En 1826, el mariscal Andrés de Santa Cruz estableció en el antiguo convento de San Pedro la Escuela Militar, pero debido a su efímero paso por el gobierno fracasó en su intento de fundar un plantel de formación militar (Ríos Pagaza, 1962, p. 20). Posteriormente, el 30 de enero de 1830, el mariscal Agustín Gamarra decretó la fundación de la Escuela Militar, cuya sede de funcionamiento siguió siendo el convento de San Pedro<sup>37</sup>. Allí debía de proporcionarse la enseñanza de materias como la aritmética, álgebra, trigonometría, geografía, esgrima, entre otras (Barreda y Laos, 1919, p. 267). Para ello, empleó varios patios y un claustro. Los padres del oratorio de San Felipe de Neri, que eran los ocupantes del convento, fueron forzosamente retirados.

La convivencia vecinal entre la Biblioteca Nacional y el Colegio Militar no fue de las mejores, en varias oportunidades Paredes se quejó ante el director del colegio de las faltas y desórdenes que cometían los alumnos cadetes, oficiales y demás habitantes de esa institución. En 1830, el bibliotecario remitió un oficio al director del colegio quejándose que sus alumnos llegaron a formar «un tránsito frecuente y ordinario por un punto de esta casa a ella, y aun a la calle»<sup>38</sup>. En la formación de ese tránsito se rompió un boquerón, caminaban sobre los techos de los altos de la Biblioteca, dejaron «hendiditas las tortas»<sup>39</sup>, por donde se derramaba agua a los libros del salón, a los depósitos y a las habitaciones. Paredes se tomó la molestia de tapar el boquerón, pero solo duró algunos días, los alumnos rebeldes lo desclavaron y se llevaron los tablones. Lo mencionado no eran las únicas faltas que se cometían, también se llegaba al punto de:

Se orinaban por las ventanas y faroles de la Biblioteca sobre las mesas de papeles y libros: echar un canasto de inmundicias por el otro de los faroles, atándolo al cordón de que pendía un fanal, que se había quitado por temer los caprichos de esos caballeros andantes.<sup>40</sup>

El director del Colegio Militar, enterado de lo sucedido hacía muy poco, o al menos así se reflejaba. El 30 de setiembre de ese año Paredes notificó al prefecto de la ciudad para que tome cartas en el asunto e informe al gobierno del agravio que estaba sufriendo la Biblioteca Nacional. Al siguiente día el prefecto se comunicó con el director, a fin de que cesen los inconvenientes.

Por algunos años se mantuvo tal escenario, hasta que en 1834, el Colegio Militar desocupó las instalaciones del convento de San Pedro, y con ello se solucionaron los desórdenes que casi diariamente se cometían<sup>41</sup>. A su vez, los padres del oratorio de San Felipe de Neri recuperaron la posesión del lugar. Este suceso deja claro la poca seguridad que la Biblioteca Nacional poseía,

37 Es sugerente una nota que remitió Paredes al ministro del Interior el 13 de diciembre de 1826. En el documento comunicaba la escasa seguridad que existía entre la Biblioteca Nacional y el convento de San Pedro. Indicó que se corría el riesgo de que en algún momento la Biblioteca Nacional sufra un robo a causa la fácil comunicación y acceso al mencionado colegio (convento). Se propuso como solución instalar «un telar que falta a unas piezas, y concluyéndose las pequeñas destinadas a lecturas secretas: con esto quedará seguro el establecimiento y aun útiles dichas piezas» (AGN. MJB. Legajo 69, documento 39, 1826).

38 CEHM. Carpeta 20, legajo 21, 1830.

39 CEHM. Carpeta 20, legajo 21, 1830.

40 CEHM. Carpeta 20, legajo 21, 1830.

41 En ese mismo año Flora Tristán, junto con su compatriota y amiga Madame Denuelle, visitaron la institución. Denuelle, que vivía en Lima, comentó a Tristán de la fama de Paredes, de quien dijo: «entre los libros está su vida, no se podría pensar en un hombre mejor, para distinguir y aconsejar a los lectores» («Seis audiciones», 1946, p. 37). El presbítero asistía desde temprano a la Biblioteca Nacional, a partir de las nueve de la mañana se le podía encontrar, estando allí hasta las dos de la tarde. Se tomaba dos horas de descanso, para retornar a las cuatro y quedarse hasta «la puesta del sol» (*Three years in the pacific*, 1835, p. 44).

era sencillo para un individuo introducirse en su interior y sustraer lo que quería si así lo deseaba. Afortunadamente Paredes no reportó —hasta donde indica el documento— la ausencia de textos u otros materiales.

## 7. Segundo bibliotecario

En 1829, surgió la iniciativa del gobierno para que exista una persona que reemplace a Paredes en momentos cuando éste se ausente o enferme, y no pueda cumplir con sus funciones. En pocas palabras, se retomó la plaza de segundo bibliotecario, suprimida en 1825. Se priorizó que la persona escogida sea un trabajador interno que conozca la administración. El elegido fue el oficial conservador, Juan Coello, en recompensa a sus servicios prestados a favor de la nación. Empero, no la aceptó por motivos personales. Tiempo después, en 1833, Coello comunicó al gobierno de su disposición para ocupar la plaza, remitió un documento al Estado para que sea considerado bajo el título de segundo bibliotecario. Luego de un análisis, el 2 de diciembre de ese año se determinó dar curso a su solicitud; de este modo, fue reconocido como tal, mientras que Paredes continuaría de primer bibliotecario<sup>42</sup>. Su nombramiento no significó que deje libre la vacante de conservador, la siguió ejerciendo<sup>43</sup>.

La experiencia de Coello como segundo bibliotecario fue corta, en 1835 fue nombrado secretario de la prefectura de La Libertad, debido a su nuevo cargo se alejó por un tiempo de la Biblioteca Nacional, al igual que las clases que impartía. En el caso de las clases, en su lugar lo reemplazó Antonio Carrera<sup>44</sup>, en la plaza de conservador lo suplió José Fernando Gasols; mientras que en el puesto de segundo bibliotecario no se nombró a nadie.

## 8. El escándalo de un presunto robo y la destitución de Paredes

El 2 de febrero de 1836 estalló el escándalo del presunto robo de un libro de la Biblioteca Nacional, el sospechoso era Antonio Carrera, quien por entonces ejercía la plaza de amanuense. A Carrera se le abrió un proceso judicial a razón de que faltaba un texto en el depósito del salón principal<sup>45</sup>. Desde Paredes hasta el portero de la institución fueron llamados a testificar. En el caso del bibliotecario, no dudó en mostrar su respaldo a favor de Carrera, creyó en su inocencia. El proceso duró hasta octubre, y pese a que el expediente se encuentra incompleto, hasta el último momento no se pudo comprobar a ciencia cierta el supuesto delito cometido por Carrera<sup>46</sup>. El suceso llevó a que las autoridades vean como prioridad la ejecución de un inventario de todos los libros. Y seguramente el escándalo debió influir también en la destitución del bibliotecario.

Justamente Paredes fue removido de su cargo en los primeros días de junio, en su lugar se nombró una comisión que lo reemplazaría de sus funciones, cuyos miembros fueron José María Corbacho, Mariano José Arce y Manuel Urquijo<sup>47</sup>. La comisión se enfrascó en la tarea de inventariar los libros desde el 27 de junio<sup>48</sup>, y continuó ejecutándola ya estando en el cargo

42 AGN. MJB. Legajo 69, documento 62, 1833. Cabe indicar que Coello vivía en una de las habitaciones de la planta alta, junto con su mujer. En 1833, Paredes elevó una calurosa queja al gobierno para que dicha mujer abandone la Biblioteca, a causa de los inconvenientes que recurrentemente ocasionaba. Manifestó, a manera de ejemplo, cómo la pareja de Coello recorría los salones de la institución sin ningún respeto y vociferando palabras impropias (AGN. MJB. Legajo 69, documento 45, 1833).

43 El 3 de noviembre de 1832 Coello recibió la orden de tomar razón del estado y la cantidad de libros que poseía la Biblioteca; no obstante, pasó el tiempo y no la acató.

44 AGN. Corte Superior de Justicia. Leg. 41, Exp. 3, 1836.

45 En ese año el salón principal albergaba alrededor de doce mil volúmenes.

46 Sin la necesidad de esperar el resultado de la investigación por el delito que se le imputaba a Carrera, en marzo ya había sido separado del cargo de amanuense. Por varios meses el personal de la Biblioteca Nacional se redujo solo al bibliotecario, conservador y portero (AGN. OL 248-A, caja 304, 1836). En abril, el portero Santos Espinoza fue conducido al cuartel de Santa Catalina. Paredes solicitó al general secretario del ministerio de Guerra que su empleado fuera puesto en libertad (CEHM. Carpeta 2, legajo 15, 1836).

47 AGN. MJB. Legajo 70, documento 22, 1842.

48 Otra motivación para destituir a Paredes fue el hecho de que se negaba o no cumplía con la orden que recibió de elaborar un

el siguiente bibliotecario, Francisco de Paula González Vigil<sup>49</sup>. En esa misma línea, el gobierno decretó el 13 del mismo mes de junio que:

A la persona que se le encontrare algún libro perteneciente a la biblioteca pública, se le impondrá una multa desde veinte hasta doscientos pesos, según el valor de la obra: si fuesen varios los libros, será además sometido a juicio, y se le aplicará todo el rigor que las leyes designan para los ladrones de la hacienda pública. (Oviedo, 1841, p. 285)

La disposición muestra ser una respuesta directa del aparente robo del libro. Se desconoce si antes ocurrió un hurto similar, lo concreto es que la Biblioteca Nacional estuvo en el ojo de la tormenta durante varios meses. Diversas medidas se tomaron a fin de evitar que un acto similar ocurra nuevamente, desde la comisión que se formó, hasta el inicio del sellado de todos los libros. En el decreto del 13 de junio también se dispuso que se formen dos sellos, uno para tinta, con el escudo nacional y con la inscripción en su circunferencia -BIBLIOTECA PUBLICA DE LIMA-, y otro para que «caldeado en el fuego se haga uso de él con solo aquella inscripción» (Oviedo, 1841, p. 285).

Pese a la remoción, Paredes continuó viviendo en los altos de la Biblioteca Nacional. El 31 de marzo de 1837, su sucesor Vigil requirió al gobierno que el presbítero desocupe los dos cuartos que ocupaba, una, donde guardaba sus libros, y la otra donde habitaba. Las motivaciones de Vigil para solicitar tal medida fueron dos: la primera, que necesitaba un cuarto para él mismo, ya que no concebía cómo siendo bibliotecario no tenga asignado un espacio. La segunda razón es que no toleraba que Paredes entre y salga de la Biblioteca Nacional a su libre albedrío y la puerta principal de la institución se abría en altas horas de la noche sin control alguno. Es así que el 11 de abril, se ordenó a Paredes que desaloje las dos habitaciones.

Paredes se mudó a otra vivienda cerca de la Biblioteca Nacional, llevó consigo sus objetos personales; entre ellos, libros pertenecientes, al parecer, de la institución que dirigió. En 1841, la Junta Conservadora de la Biblioteca Nacional lo obligó a que los devolviera. Paredes se defendió argumentando que era una deshonra que se le calificara prácticamente como autor de «alguna ratería, sustracción»<sup>50</sup>, pidiendo por el contrario que se demuestre la validez de esa acusación en su contra<sup>51</sup>.

## 9. Conclusiones

En los años que administró la Biblioteca Nacional, Paredes enfrentó una serie de inconvenientes que en la mayoría de los casos pudo encontrar una salida, aunque resulta llamativo que esas mismas dificultades también las tuvieran sus predecesores. La falta de estantes, la presencia de polillas, el escaso personal, en fin, todo se puede resumir al poco apoyo del gobierno de turno.

---

inventario de los libros. En repetidas ocasiones se le exigió que acate la disposición.

49 El inventario se ejecutó en un momento en el cual cierta cantidad de libros no se encontraban en los salones de la Biblioteca, se hallaban prestados a otras instituciones. Este es un tema que no se tocó: el préstamo. La Biblioteca Nacional prestaba materiales a entidades públicas, pero no a los lectores. En diversas bibliotecas europeas y americanas era una práctica común, pero en Lima era todavía extraña. En una oportunidad un oficial estadounidense quedó sorprendido sobre la negativa del bibliotecario de permitir a los lectores llevarse libros a su casa para leer (*Three years in the pacific*, 1835, p. 44). En su país era una forma de fomentar la lectura y el conocimiento.

50 AGN. MJB. Legajo 70, documento 36, 1841.

51 AGN. MJB. Legajo 70, documento 36, 1841. Lamentablemente el expediente se encuentra incompleto. Aun así, esto lleva a preguntarse qué tanto de los libros que Paredes poseyó como parte de su biblioteca personal provenían de los fondos de la Biblioteca Nacional, o si los adquirió por otro medio (compra, obsequio, intercambio, etc.). En la actualidad, en la Biblioteca Nacional del Perú se ha reconocido un par de obras con el sello «Joaquín Paredes», el cual fue la marca de propiedad del presbítero. No obstante, esas mismas obras cuentan con el sello de 1836. Entonces, bien fueron libros de Paredes, que al llegar a la institución en 1859, en condición de compra, se les puso el sello, o bien los obtuvo de manera irregular durante su estancia en los altos de la Biblioteca Nacional, luego de dejar el cargo de bibliotecario.

El respaldo inicial con que contó Paredes por parte del libertador San Martín y luego de Simón Bolívar, no fue el mismo que recibió con los siguientes gobernantes. La consigna de que la Biblioteca Nacional sea centro de irradiación de conocimiento e ilustración no se materializó en esos aspectos. Aun así, el bibliotecario pudo atenuar estas condiciones desfavorables y dirigir la institución de la mejor manera posible.

No cabe duda de que una de las razones para la destitución de Paredes fue su resistencia a ejecutar el inventario, su accionar levantaba sospechas acerca de la ausencia de libros y el control que debía de existir sobre ellos. Un inventario es una herramienta vital en la organización de toda biblioteca, de esa manera se podía conocer la cantidad de materiales con que se contaba, así como planificar el uso del espacio y saber qué textos son los que aún no se habían recibido. Hubiera sido entendible si el rechazo de Paredes por elaborar un inventario se haya dado al inicio de su gestión, ya que podía achacarse a su inexperiencia, pero la orden de llevarla a cabo surgió luego de algunos años estando en el cargo. Se presume que tal comportamiento radicó en que el presbítero priorizó otras actividades propias de sus funciones, dejando esta de lado; descartándose el que haya tenido alguna otra motivación.

### Archivos consultados

Archivo General de la Nación (AGN)

Archivo Ministerio de Relaciones Exteriores (AMRE)

Archivo del Centro de Estudios Histórico Militares (ACEHM)

### Referencias

Al Público (18 de febrero de 1836). *El Telégrafo de Lima*, p. 15.

Aviso oficial (29 de setiembre de 1825). *Gaceta de Gobierno*, p. 4.

Barreda y Laos, F. (1919). Las reformas de instrucción pública. *Revista Universitaria*, 1(14), 260-320.

Decretos (10 de agosto de 1821). *Gaceta extraordinaria del Gobierno de Lima Independiente*, p. 23.

Decretos (29 de agosto de 1821). *Gaceta del Gobierno de Lima Independiente*, p. 2.

Decretos (12 de enero de 1822). *Gaceta de Gobierno*, p. 3.

Decretos (9 de febrero de 1822). *Gaceta de Gobierno*, p. 2.

Decretos (31 de agosto de 1822). *Gaceta de Gobierno*, p. 1.

Decretos (3 de marzo de 1825). *Gaceta de Gobierno*, p. 1.

Del estudio que más interesa a la juventud (29 de octubre de 1827). *El Telégrafo de Lima*, p. 15.

Grandi, V. (1985). *El convento de la Buenamuerte*. S/e.

Guibovich, P. (2021). La fundación de la Biblioteca Nacional del Perú en 1821. *Palabra Clave*, 1(11), 1-11.

Lafond, G. (1844). *Voyages autour du monde et naufrages célèbres*. Administration de Librairie.

Lesson, R. P. (1838). *Voyage autour du monde*. P. Pourrat Frères.

Lister Maw, H. (1973). Travesía del Pacífico al Atlántico cruzando los andes por las provincias septentrionales del Perú en 1827. En Núñez, Estuardo (Comp.). *Colección Documental de la independencia del Perú, Relación de Viajeros*, tomo 27, volumen 4 (pp. 129-302). Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Mariátegui, F. J. (1869). *Anotaciones a la Historia del Perú Independiente*. Imprenta de El Nacional.

Oviedo, J. (1841). *Colección de leyes, decretos y órdenes publicadas en el Perú*. Tomo V. Lima: imprenta de José Masías.

O'Leary, D. F. (1883). *Memorias del general O'Leary*, tomo 20. El Monitor.

Nota (12 de junio de 1825b). *Gaceta de Gobierno*, p. 4.

Núñez, E. (1971). Mariano José de Arce, primer bibliotecario. *Fénix*, (21), 43-57.

Ortegal, A. y Luna, P. F. (2009). 1867: El último intento (fracaso) de la desamortización institucional de los bienes eclesiásticos en Perú. En Bodinier Bernard, Rosa Congost i Colomer y Pablo Fernando Luna (Coords.), *De la iglesia al Estado: las desamortizaciones de bienes eclesiásticos en Francia, España y América Latina* (pp. 251-276.). Universidad de Zaragoza.

Padró, Gladys y Tamayo Herrera, José (1992). Biblioteca Nacional del Perú. *Boletín de la ANABAD*, 3-4(42), 341-363.

Ríos Pagaza, C. (1962). *Historia de la Escuela Militar del Perú*, tomo 1. Escuela Militar de Chorrillos.

Seis audiciones de la Biblioteca Nacional. (1946). *Boletín de la Biblioteca Nacional*, (9), 21-42.

Tauro, A. (1951). *Fundación de la Biblioteca Nacional*. P.L. Villanueva.

Three years in the pacific; containing notices of Brazil, Chile, Bolivia, Peru, in 1831, 1832, 1833, 1834, volumen 2. (1835). Richard Bentley.

Tristán, F. (2003). *Peregrinaciones de una paria*. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Vicuña Mackenna, B. (1860). *La revolución de la independencia del Perú*. Imprenta del Comercio por J.M. Monterola.

Recibido: 25 de setiembre de 2022

Aceptado: 4 de febrero de 2023

Publicado: 31 de julio de 2023